

En el mundo, sin ser del mundo

Ciudadanos de esta ciudad, peregrinos hacia otra ciudad definitiva. Hay afirmaciones que solo llegan a ser verdaderas si las enunciamos como tensión de dos palabras: amor y justicia, acción y contemplación, libertad e igualdad, sujeto y comunidad, bien de todos y de cada uno, subsidiariedad y solidaridad. Omitir una de dos sería falsear la afirmación. Esta tensión es heterodoxia. La heterodoxia es necesaria para el avance histórico; la herejía, en cambio, lo hace más problemático o dificultoso. Existe un umbral hacia la confusión, la exageración o la unilateralidad herética (de *hairesis*, ‘usurpación, separación unilateral’). *En el mundo, sin ser del mundo*, pues. Ni demasiado mundano, ni demasiado celestial. Humano porque divino, divino porque humano.

Los cristianos en el mundo

Los cristianos en el mundo no se distinguen de los demás hombres ni por el lugar en que viven, ni por su lenguaje, ni por sus costumbres. Ellos, en efecto, no tienen ciudades propias, tal y como afirma la *Carta a Diogneto* (una obra apologética anterior al concilio de Nicea (325), probablemente de finales del siglo II). El códice apareció en 1436 en un mercado de Bizancio y su descubrimiento fue casual. ¿Cómo es posible que este escrito pasase desapercibido durante mil doscientos años? Nadie lo conoció, nadie lo leyó, nadie lo citó. El códice de *A Diogneto* fue adquirido por un joven estudiante de griego en una pescadería de la ciudad, apilado con el papel de envolver pescado. Se copió y viajó por media Europa occidental. En el retorno a la patrística de la primera mitad del siglo XX fue muy valorado. En él podemos leer que los cristianos viven en ciudades según les cabe en suerte, siguen las costumbres de los habitantes del país, tanto en el vestir como en todo su estilo de vida y, sin

embargo, dan muestras de un tenor de vida admirable y, a juicio de todos, increíble. A lo que añade:

Toman parte en todo como ciudadanos, pero lo soportan todo como extranjeros; toda tierra extraña es patria para ellos, pero están en toda patria como en tierra extraña. Igual que todos, se casan y engendran hijos, pero no se deshacen de los hijos que conciben. Tienen la mesa en común, pero no el lecho. Viven en la carne, pero no según la carne.

Un par de afirmaciones pueden servir como síntesis de todo el escrito: «son en el mundo lo que el alma es en el cuerpo» y «viven como peregrinos en moradas corruptibles, mientras esperan la incorrupción celestial».

En la Escritura: en el mundo, sin ser del mundo

En algunos libros de lo que conocemos como Nueva Alianza, sobre todo en los escritos paulinos y en los joánicos, hay muchas y variadas referencias al mundo (*kósmos*). Aportaremos solo algunas notas.

En primer lugar, cabe señalar la ambigüedad hacia el mundo. Parece descubrirse un movimiento en cuatro tiempos: creación, redención, encarnación y consumación. En un primer momento encontramos la distancia, el abismo entre el totalmente Otro creador y sus criaturas, entre Dios y el mundo. Luego, la comunicación redentora de Dios al mundo (las personas divinas dicen: «hagamos redención del género humano», [Ejercicios Espirituales, 103]) y su cercanía que no es fusión, sino identificación profunda en la diferencia: «un hombre enviado a los hombres», un hombre para los demás, como afirmaron Pedro Arrupe o Dietrich Bonhoeffer. En el cuarto momento, unidad escatológica consumada.

En la carta a los cristianos de Roma, Pablo habla de un mundo creado, y nosotros en él, que gime con dolores de parto (8,22-23). Es un mundo, el presente, al que no hay que amoldarse, sino que hay que dejarse transformar para renovar la persona desde dentro (12,2) para, una vez resucitados con Cristo, emprender la vida nueva (6,4). El evangelista Juan da originalmente a Cristo el nombre de «Salvador del mundo» (3,16-17; 4,42; 12,47), que provoca un juicio («yo he vencido al mundo», 16,33): los que no tienen vista alcanzan a ver, mientras que los que creen ver, se quedan ciegos (9,39). En el final del elaborado y complejo discurso de despedida, Juan sintetiza en pocas líneas su mensaje:

Yo les he confiado tu palabra, y el mundo los ha odiado porque no son del mundo, lo mismo que yo no soy del mundo. No pido que los saques del mundo, sino que los protejas del que persigue el mal. No son del mundo lo mismo que yo no soy del mundo. Santícalos en la verdad: tu palabra es la verdad. Lo mismo que Tú me enviaste al mundo, así los he enviado yo al mundo. Por ellos yo me santifico, para que también ellos sean santificados en la verdad (17,14-19).

Para la Escritura, el amor del mundo no es el límite, sino que es *trans-ascendido* por el amor del Padre (1Jn 2,15). La palabra «mundo» en Juan señala una oposición compacta y radical hacia Jesús. Dios ama el mundo, y los seguidores de Jesús, los creyentes, son enviados a este mundo (no hay otro) para hacer un mundo *otro*. Quizá podamos llamar a esto «elevar la calidad de mundo»: el Pueblo de Dios fomenta «todas las capacidades, así como las riquezas y costumbres de los pueblos en lo que tienen de bueno»; la plenitud de la vida cristiana promueve «un nivel de vida más humano, también en la sociedad terrena» (*Lumen Gentium*, 13 y 40).

Ocho características de una espiritualidad mundana crítica

Ofrecemos ocho notas para una comprensión evangélica y no meramente mundana del mundo. Este mundo es el único lugar y el único camino. No hay otro, aunque no cualquier forma de estar en el mundo es evangélica. Las formas, los estilos, han de ser discernidos continuamente para evitar una mundanidad espiritual posesiva, individualista o depredadora.

- Una *aproximación gratuita*, asimétrica. El mundo es el espacio para el encuentro. Hay encuentros de muchos tipos: interés, reciprocidad, justicia... Cabe un encuentro asimétrico en que no se espere nada a cambio, ni se exija nada; en que solo se ofrezca el don del reconocimiento del otro, la aceptación del don ofrecido.
- Una *aproximación casta*, es decir, pura, limpia e integradora. Hay que recuperar y resignificar la castidad. El mundo espera una mirada pura y limpia, no posesiva, poseedora y explotadora de un recurso finito. Cabe una aproximación casta. ¿Por qué no? El de la castidad no es lenguaje a la moda y, sin embargo, es urgente.
- Una *aproximación basada en una manera de vivir no mundana y significativa*. El estilo de vida ha sido puesto de relieve en los últimos años como algo muy importante, algo constitutivo y definitorio de los cristianos. Recibimos como llamada el proponer y realizar un nuevo estilo de vida que transparente la santidad del mundo, un estilo evangélico que sea fiel a su origen y significativo para las mujeres y hombres de hoy. Se trata de una mediación significativa, no irrelevante.
- Una *aproximación integral*, es decir, no dual. En el camino hacia una nueva espiritualidad mundana-sin-ser-del-mundo, hay un riesgo grande que se declina de muchas maneras: gnosticismo, maniqueísmo, pelagianismo, intimismo. La espiritualidad mundana y *trans-ascendente* eleva la mirada, lucha por instalar un horizonte de sentido que desinstale de zonas cómodas o de falsas seguridades. A la vez, la calidad dependerá de que se eleve la mirada y se bajen los ojos abiertos hacia la tierra (humildad, humedad, humanidad, de *humus*). Una mirada con ojos abiertos, una síntesis entre escucha de la Palabra y servicio: un servicio que no impide la escucha, una escucha que no ignora la *diakonia* esencial. Marta y María al tiempo. En el rostro del otro, del tercero, se descubre al Otro, que deja constancia de una alteridad fundante.

- Una *espiritualidad fraterna y sororal*. Ser hermanas y hermanos no es algo ya conseguido; es un camino que hay que recorrer. La cercanía no se traduce necesariamente en fraternidad. Acortar distancias no nos hace, sin más, más hermanos. Hemos de acercarnos, aproximarnos, hacernos prójimos. No se nace siendo prójimo. Urge un reconocimiento que se ha retrasado mucho tiempo: el papel de las mujeres en la construcción de la realidad social y del vínculo humano. Una fraternidad sin sororidad sería incompleta.
- Una *espiritualidad simpática*. Ante el otro, ni exclusión, ni recelo, ni cautela, ni cálculo: solo simpatía. La simpatía inmensa por el mundo es un signo de la espiritualidad cristiana y de la mirada que trajo el Concilio Vaticano II.
- Una *espiritualidad encarnada* que transita las mediaciones de la complejidad, que hace conscientes a los actores sociales y religiosos de la necesidad de una mediación compleja en sociedades complejas. La espiritualidad debe estar arraigada y bien cimentada en el amor, en la ley de la caridad.
- Una *espiritualidad sinodal* de comunión jerárquica para una más cuidada participación. La comunidad no hace un camino desmadejado, sino que reconoce sus propios carismas, incluso los ausentes. La comunión jerárquica, el carisma ordenado al servicio de la marcha sinodal de todo el pueblo, cuenta con la participación corresponsable de todas y todos los afectados, con transparencia y capacidad de dar cuenta de lo hecho para variar el rumbo, calmarlo o acelerarlo. El horizonte de esa espiritualidad es el Reino de Dios.

Apostar por este mundo de carne, vida y espíritu

Apostar por este mundo implica resistir a todas las seducciones mundanas desde la profecía de ojos abiertos, que nos ayuda a mirarlo desposesivamente.

Una conclusión: es necesario resistir las seducciones de una mundanidad espiritual para construir juntos una espiritualidad evangélica que sea secular (mundana) sin-ser-del-mundo.

Una imagen: Homero nos cuenta que Ulises, en su camino de retorno a Ítaca, se ató al mástil de la nave para resistir las llamadas seductoras que lo desviaban y lo hacían desaparecer en el mar proceloso; el poeta prefiguraba con ese mástil el *lignum crucis* del Gólgota en que estuvo clavada la salvación del mundo.

Un mensaje: Cristo es nuestra paz, que ha transitado y llenado el abismo de desigualdades y ha traspasado los muros que aislaban a los pueblos. Cristo, *Pax nostra*.

Josep M. Margenat